

# Hacia una ciencia social emancipadora Reflexiones en torno a la obra de Ignacio Martín-Baró

*Luis de la Corte Ibáñez<sup>1</sup>*  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## Resumen

El autor hace ciertas reflexiones sobre la obra de Martín-Baró, y aunque explica que existen diferencias ideológicas, el autor ha logrado "comulgar" con Ignacio y con gran parte de su perspectiva intelectual y ética. Su objetivo es recordarlo en relación con aquellas sugerencias y aportaciones que, extraídas de su contexto original, le siguen pareciendo oportunas y valiosas para construir una psicología social a la altura de nuestro tiempo. En tal sentido, considera que cualquier discusión sobre la vigencia o caducidad de la obra de Martín-Baró habría de dirimirse mediante argumentos fundamentalmente intelectuales y científicos, antes que con meras alusiones a las coordenadas políticas e ideológicas, que influyeron en su pensamiento. Refiere que no es exagerado afirmar que Martín-Baró ha constituido un hito en la historia de la psicología social, dado que su aporte intelectual podría orientar el desarrollo de una futura ciencia social, comprometida con la difusión de la libertad y los derechos humanos de este siglo.

## Algunas precisiones previas

La primera vez que leí a Ignacio Martín-Baró, creo que en algún artículo suyo sobre psicología de la guerra, obtuve una impresión nueva y extraña, mez-

cla de sorpresa y admiración, muy distinta de la que me había provocado ningún otro autor que hubiera escrito sobre psicología social. Me había acercado a ese texto atraído por lo exótico del tema, no por el

---

1. Agradezco encarecidamente al doctor Mauricio Gaborit todas las indicaciones oportunas y bien traídas que me ofreció durante la preparación de este artículo.

nombre de su autor, a quien sólo sabía identificar como una de las miles de entradas bibliográficas, que abultan las bases de datos sobre publicaciones científico-sociales. Sólo meses después escucharía hablar por vez primera de aquel jesuita a mi primer profesor de psicología social, Amalio Blanco, buen amigo de Martín-Baró. Creo que el hecho de haberme acercado a su obra antes de conocer los pormenores de su trágica muerte determinó mi actitud posterior hacia Martín-Baró, de quien siempre me interesó, ante todo, su trabajo intelectual y sólo después, pero inmediatamente después, su trayectoria vital.

En todo caso, desde el primer momento resultó evidente que esa misma obra era distinta. Leyendo las investigaciones y los libros de Martín-Baró se podían encontrar muchas más cosas que las habituales y muchas veces somníferas retahílas de frías hipótesis, tablas estadísticas e inútiles corroboraciones matemáticas del sentido común en que se convierten tantos estudios científico sociales. La asepsia, la falsa pureza o la inhibición moral que suele ser también propia de esos informes, aparecía sustituida en los textos de Martín-Baró por una manifiesta implicación con los problemas sociales y humanos que él mismo convertía en asunto de indagación científica. Al trasluz de aquella prosa, inusualmente elegante —otra agradable excepción—, veía aparecer el rostro inocente de un niño salvadoreño, espantado por el ruido de la guerra, el dolor físico y moral de las infinitas víctimas de la tortura, el hambre, la explotación, la mentira infame de los políticos salvadoreños, las peores secuelas de las intrigas diplomáticas estadounidenses en Centroamérica y, al fondo de todo eso, la misma pasión de Nacho y de sus compañeros jesuitas de la UCA, enamorados de aquel triste pueblo, perplejos ante tanto horror, pero también incansables en la investigación de sus raíces, en la crítica de sus consecuencias, en la construcción de la paz.

La interpretación adecuada de los trabajos de Martín-Baró, comencé a pensar, debía ser una interpretación biográfica, histórica, sociológica. Si se podía analizar a fondo aquella originalísima obra escrita, completándola con aquella otra obra vivida, aún no escrita, debía hacerse. De estas conclusiones se desprendió, después de muchas vueltas y de mucho trabajo, una tesis doctoral y luego un

libro, cuyo propósito fundamental sería el de preservar la memoria de Ignacio Martín-Baró.

Hoy, pasado cierto tiempo y orientado a otros retos intelectuales diferentes, el recuerdo de Martín-Baró, su consulta frecuente, me siguen pareciendo útiles y sobre tal utilidad, pretendo escribir aquí. Quisiera situar estas reflexiones en un punto intermedio entre las opciones del mero análisis hagiográfico y la del rechazo sin condiciones al enfoque de Martín-Baró, por razón de su misma originalidad, del compromiso con el actual *mainstream* de la psicología social, o de la sumisión resignada a dichas coordenadas. Instalados en esta última posición, algunos de mis colegas que saben de los trabajos de Martín-Baró, seguramente hace tiempo que llegaron a la conclusión de que el mismo empeño de nuestro protagonista por promover la transformación de la psicología social en una *psicología de la liberación*, constituyó un impulso muy lógico, dadas las circunstancias de su propia vida, pero difícil de perseguir hoy día, por innecesario, sospechoso o impracticable. Construir una tal psicología, adjetivada “de la liberación”, se puede pensar tal vez desde una cátedra norteamericana o europea, no sería un empeño propio más que de algún puñado de psicólogos presos de la nostalgia y excesivamente ideologizados hacia la izquierda.

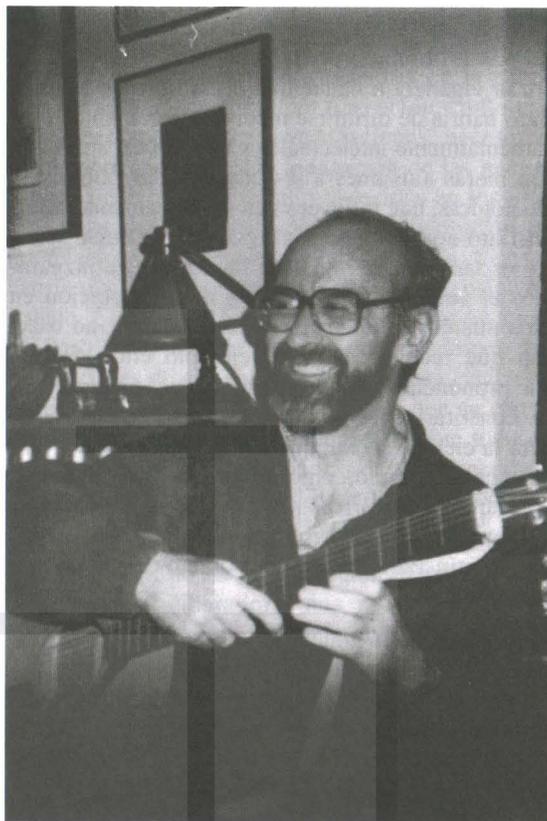
Sobra añadir aquí que mi propia valoración de la propuesta de Martín-Baró queda bien lejos de estos últimos razonamientos, a los que personalmente juzgo como el probable fruto de una percepción muy superficial de su obra o del simple desconocimiento de aquella (tristemente, tal ignorancia es mucho más acusada en mi propio país, la España natal de Martín-Baró). ¿Cuáles son, entonces, mi punto de vista y mis razones para reivindicar la figura intelectual de Martín-Baró? Si se hiciera esta pregunta a algunos de esos colegas europeos o norteamericanos, que participan de la anterior opinión peyorativa sobre la obra de nuestro autor y sobre sus propuestas “liberacionistas”, con seguridad les bastaría con saber el tiempo y la cantidad de papel que he dedicado a Martín-Baró para atribuirme sin más remilgos la condición de simple hagiógrafo suyo, ubicándome a continuación entre ese supuesto grupo de psicólogos nostálgicos e izquierdistas<sup>2</sup>. Izquierdistas, seguro, pero dudo-

2. Convendría, por otra parte, no subestimar el impulso y el trabajo de los más fieles continuadores de la obra de Martín-Baró y del proyecto liberacionista. Por dejar indicado un solo dato, habría que reparar, por ejemplo, en el creciente seguimiento que han venido recibiendo en los últimos años las sucesivas ediciones del “Congreso

samente nostálgicos y con los pies bien aferrados al suelo, con frecuencia bastante más próximos a la "realidad real" que muchos de sus colegas, la anterior interpretación definiría mal a aquellos compañeros que hoy siguen apoyando el proyecto de una "Psicología de la liberación", pero define aún peor mi propia postura ante tales cuestiones.

A fin de que puedan luego entenderse en su justa medida las reflexiones que ofreceré más adelante, dedicaré unas breves líneas a ilustrar el punto de vista desde el cual he venido elaborando mis análisis sobre los trabajos de Martín-Baró. En primer lugar, debo reconocer que no soy exactamente un partidario incondicional de la teología de la liberación (entre otras cosas, porque no soy teólogo), perspectiva religiosa de la que se nutrió la obra de Martín-Baró. Tampoco podría definir mi postura política como la de una persona "de izquierda", coordinada ideológica que Nacho asumía con honesta convicción, así como es probable que muchos de sus actuales seguidores, pero cuyo verdadero sentido actual me resulta difícil de descifrar. También por contraposición a Martín-Baró, soy enormemente escéptico acerca de cualquiera de los llamados "grandes relatos" modernos y ante lo que Karl Popper describió como propiedad *misérrima* de todas las ideologías, fundadas en alguna supuesta ley universal de la historia (caso ejemplar, el del marxismo). Pero asimismo estimo, quizá por preservar mi propia autoestima a un nivel aceptable, que estas diferencias ideológicas con Martín-Baró aún dan más valor a mis apreciaciones más positivas sobre su obra pues, incluso estando tal obra de forma manifiesta impregnada por su ideología, he conseguido "comulgar" con Ignacio y con gran parte de su perspectiva intelectual y ética.

Dicho todo lo anterior, creo que he aclarado el objetivo que este texto persigue: recordar a Martín-Baró, con relación a aquellas sugerencias y aportaciones que, extraídas de su contexto original, me siguen pareciendo oportunas y valiosas para construir una psicología social a la altura de nuestro tiempo. Para ello, me parece necesario insistir en la idea de que, con cierta independencia del compromiso político real de Martín-Baró, la relevancia social e histórica no es específicamente política,



sino de índole intelectual y científica. Leamos sus propias palabras: "Yo creo que el compromiso del científico social en Centroamérica hoy tiene que ser con las aspiraciones y luchas de las mayorías populares [...] pero creo que el compromiso debe ser crítico. No hay que ser ingenuo frente a las limitaciones históricas que adquieren todos aquellos grupos y partidos que luchan por un pueblo y pretenden representar sus intereses. Sería un error de puritanismo académico el no vincular el compromiso a ninguna instancia histórica concreta debido a que toda instancia es quizás parcial e imperfecta; pero sería un error no menos grave el someterse en forma incondicionada a las exigencias de la disciplina partidista. Yo creo que el mejor aporte que puede hacer el científico social le exige una postura crítica, comprometida sí, pero sin perder la capacidad de criticar"<sup>3</sup>.

---

Internacional de Psicología Social de la Liberación", celebradas en diversas ciudades iberoamericanas con un arrollador número de participantes.

3. Ignacio Dobles, "Psicología social desde Centroamérica: retos y perspectivas. Entrevista con el Dr. Ignacio Martín-Baró". *Revista Costarricense de Psicología*, 1987, 8-9, p. 76.

Creo que estas afirmaciones resultan coherentes con mi opinión de que cualquier discusión sobre la vigencia o caducidad de la obra de Martín-Baró habría de dirimirse mediante argumentos fundamentalmente intelectuales y científicos, antes que con meras alusiones a las coordenadas políticas e ideológicas, que influyeron en su pensamiento. Martín-Baró no fue un activista político, ni quiso serlo, y, por tanto, sería injusto e impropio que juzgáramos el valor de su psicología de la liberación en esos mismos y únicos términos. Además, no basta con que reconozcamos su ejemplo ético. Habría que pronunciarse también respecto a si su obra pueda constituir o no un referente intelectual válido para la ciencia social, que ha de seguir construyéndose en un mundo como el nuestro, un mundo cuyos cambios históricos recientes no han resuelto la gran mayoría de los problemas sociales y humanos que Martín-Baró convirtió en objeto de sus investigaciones.

Dicho todo lo anterior, tampoco me parece exagerado afirmar que el caso de Martín-Baró ha constituido un hito en la historia de la psicología social, siendo pocos los grandes protagonistas de la misma que tuvieron la ocasión de vivir y estudiar más de cerca las lamentables condiciones de explotación y miseria que han impedido el desarrollo de una enorme porción de la humanidad, durante todo el siglo XX, y que siguen impidiéndolo aún hoy. Permítanme que después de una declaración como esta haga el intento por justificarla, subrayando algunas de las claves de la psicología de la liberación de Martín-Baró, que podrían orientar el desarrollo de una futura ciencia social, comprometida con la difusión de la libertad y los derechos humanos, en el próximo siglo. De entre esas posibles claves, me detendré en tres concretas, vinculadas a los principios axiológicos y metateóricos de los estudios de Martín-Baró y a las cuales me parecen sus aportaciones teóricas y empíricas más relevantes.

### **Las libertades como criterio emancipador de las ciencias sociales**

Tal vez la primera pregunta que debemos formularnos ante una obra como la que aquí tratamos es la de ¿por qué hacer de la liberación, de la libertad, el principal criterio ético para construir esa nueva ciencia social a la que aspiramos? ¿Por qué no apelar, en nombre de los mismos derechos humanos, a otros valores ilustrados tan importantes

como los de la justicia o la fraternidad? Bien, a la luz de la obra de Martín-Baró, la respuesta que primero se me ocurre es la siguiente: debemos apelar primero y antes de nada a la libertad, porque sólo reconociendo el científico social la estrecha relación que en verdad conecta libertades y derechos, contará aquél con un criterio suficiente para poder verificar el grado de cumplimiento o vulneración de los derechos humanos, que corresponda a cada sociedad concreta, en cada momento preciso. Más allá del ámbito jurídico, como ha señalado con acierto el pensamiento liberacionista iberoamericano, en el que se instala la perspectiva de Martín-Baró, la satisfacción de los derechos humanos es siempre correlativa a alguna forma real de liberación personal o colectiva y es siempre contraria a cierta clase de enajenación del hombre o la mujer. En tal sentido, el binomio conceptual libertad-opresión, al que Martín-Baró recurre con frecuencia, siguiendo a Paulo Freire, es invariablemente remitido, en su obra, a los referentes empíricos que caracterizan a su realidad social más próxima, la realidad social de la mayorías populares iberoamericanas. Incluso un repaso atento a la historia de la psicología como el que una vez intentó el propio Martín-Baró, demuestra que dicha disciplina ha sabido descubrir algunas causas de enajenación social y psicológica, que han operado en determinadas sociedades y contextos históricos y que han obstaculizado, por tanto, la realización de determinadas libertades y derechos fundamentales de las personas.

Recuérdense, por ejemplo, las críticas que el psicoanálisis de Freud entraña respecto a las normas y costumbres de la sociedad victoriana que vio nacer a ese genio, convenciones claramente represivas, desde el punto de vista sexual y de consecuencias a veces nefastas para las personas. Remitámonos también, como Martín-Baró solía hacer, al modo en que estudios clásicos en psicología social, como los experimentos de Milgram o Cimbardo, han puesto de manifiesto diversos modos en que las instituciones sociales contemporáneas promueven o consienten otras tantas formas de violencia racionalizada, como la de las cámaras de gas nazis o la de los laboratorios de tortura, en que se convierten a veces algunas cárceles. Y, desde luego, habría que añadir a esa lista los esfuerzos que el propio Martín-Baró llevó a cabo para desvelar, a través de sus investigaciones y trabajos de reflexión, aquellos factores psicosociales que propiciaban el conformismo de las mayorías populares iberoame-

ricanas con su falta de libertades y con las infames condiciones en las que discurrían sus tristes vidas. En conclusión, el criterio de la libertad, mejor en plural, el criterio de las libertades, constituye, según suponía nuestro autor, un indicador imprescindible para todo análisis científico social, interesado en denunciar la violación de los derechos humanos, en cualquier momento y lugar, así como preocupado en dar fundamento a un discurso crítico con las condiciones sociales de opresión e injusticia, allí donde estas aparezcan.

En realidad, no faltan voces autorizadas que hoy mismo respaldarían una tesis semejante, como por ejemplo, la del premio Nobel de Economía de origen hindú, Amartya Sen, científico social intensamente preocupado por las causas y consecuencias del subdesarrollo, tal vez el atentado más flagrante y reiterado cometido contra los derechos humanos, a lo largo de este siglo que agoniza. Respecto a tal cuestión, Sen es claro y conciso. En su bien fundada opinión, el subdesarrollo tiene su origen en una ausencia amplia de libertades de toda clase, no sólo económicas, sino muy fundamentalmente políticas y sociales. Asumiendo que la desnutrición y las hambrunas o la falta de acceso a una asistencia sanitaria mínima suponen otras tantas formas de privación de la libertad, de la libertad para sobrevivir y no conformarse con una muerte segura, es razonable afirmar, explica Sen, que el fin del desarrollo coincide con el de la expansión de las libertades, dado que existen además evidencias de que las libertades fundamentales se hallan empíricamente vinculadas entre sí y pueden reforzarse mutuamente: así, las libertades políticas amplían las posibilidades de los ciudadanos para sustituir al gobierno ineficaz y corrupto, que impide la evolución económica de su propio país o aquel otro que no satisface sus necesidades vitales mínimas<sup>4</sup>.

No será ocioso mencionar también aquí al filósofo argentino Enrique Dussel, cuyos últimos trabajos denotan un formidable esfuerzo intelectual por poner al día la ética del pensamiento liberacionista

iberoamericano<sup>5</sup>. También Dussel apoyaría la generación de un paradigma "crítico", en las ciencias sociales, cuya nota distintiva consistiría en la adopción de un llamado *principio liberación*, como criterio orientador de sus investigaciones, necesariamente abocadas hoy a la indagación de las nuevas formas de exclusión social, producidas en los últimos años por la globalización y la evolución de las relaciones económicas internacionales. Si bien habría que reprochar a Dussel que en su espléndido trabajo, *Ética de la liberación*, no recordase a Martín-Baró como uno de los referentes históricos imprescindibles de ese anhelado "paradigma crítico de las ciencias sociales", es justo señalar que su cercanía a nuestro autor resulta indudable, sobre todo en lo que concierne a la vehemencia de sus respectivas propuestas para poner a la libertad, en sentido plural, en el frontispicio de las ciencias sociales.

Pero lo cierto es que aceptado el reto de una ciencia social liberadora, una muchedumbre de interrogantes surge rápido ante nosotros, como se le aparecían a Don Quijote aquellos gigantes y malvados caballeros para incitarle a una valerosa lucha a muerte. Sólo que

nuestros enemigos, en este caso, no están hechos de la materia de los sueños, como los del viejo hidalgo, sino que su contextura es real y, sin embargo, igualmente enigmática.

¿Cómo habrá de ser ese

paradigma crítico que ya Martín-Baró exigía y buscaba?, ¿cuál sería la perspectiva más adecuada para darle principio?, se preguntó también este psicólogo social, con la vista puesta en la realidad social centroamericana. ¿Qué tipo de presupuestos filosóficos habría de dar sustento y apoyo a ese nuevo enfoque? El modo en que Martín-Baró respondió a tan arduas preguntas denota la vigencia de su propio pensamiento, en estos nuevos tiempos que vivimos. Lo que considero posibles aportaciones de Martín-Baró, en este plano de lo metateórico, pueden resumirse, a modo de reproches suyos a ciertos enfoques antropológicos y epistemológicos, que siguen gozando de excelente salud en la cultura científica actual.

---

[...] para Martín-Baró, el realismo suponía la única epistemología admisible para una ciencia social [...]

---

4. A. Sen, *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.

5. E. Dussel, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Trotta, Madrid, 1996.

## Realismo e historicismo

En primer lugar, es indispensable anotar aquí la denodada oposición que Martín-Baró profesó, en todo momento, al idealismo que ha impregnado y sigue condicionando la epistemología y la metodología al uso, en la investigación social. Este antiguo vicio del pensamiento occidental toma, al menos, dos rostros diferentes, criticados ambos por nuestro autor. Se puede mencionar primero un tipo de idealismo que Martín-Baró identificó hablando del "idealismo metodológico" de sus colegas. Con esta feliz expresión, nuestro autor quiso hacer denuncia de la insana propensión manifestada por muchos científicos sociales a dar prioridad a conceptos, teorías y modelos, ideas en definitiva, frente a hechos y realidades. Tal idealización metódica de la realidad social conduciría, según él, a un peligroso distanciamiento respecto a esa misma realidad. El hecho de que la mayoría de los conceptos y teorías acuñados por la psicología social hubieran sido contruidos y contrastados en las sociedades desarrolladas, para explicar y comprender la vida de sus propios habitantes, debiera ser tenido mucho más en cuenta, advirtió Martín-Baró, repetidas veces, sobre todo a la hora de aplicar tales figuras ideales a realidades y mundos tan diferentes como el de los países iberoamericanos o las sociedades llamadas del tercer mundo. No deben extrañarnos, por tanto, las siguientes palabras que Martín-Baró dirigía a sus colegas iberoamericanos, al tratar de prevenirlos contra los excesos del ya mencionado "idealismo metodológico": "A los psicólogos latinoamericanos —dirá nuestro autor— nos hace falta un buen baño de realidad, pero de esa misma realidad que agobia y angustia a las mayorías populares. Por eso, a los estudiantes que me piden una bibliografía cada vez que tienen que analizar un problema les recomiendo que primero se dejen impactar por el problema mismo, que se embeban en la angustiada realidad cotidiana que viven las mayorías salvadoreñas y sólo después se pregunten acerca de los conceptos, teorías e instrumentos de análisis [...] Por ello, mi propuesta estriba en una inversión marxiana del proceso (de investigación): que no sean los conceptos los que convoquen a la realidad, sino la realidad la que busque a los conceptos; que no sean las teorías las que definan los problemas de nuestra situación, sino

que sean esos problemas los que reclamen y, por así decirlo, elijan su propia teorización"<sup>6</sup>.

No obstante, desde un punto de vista epistemológico, sin duda, la forma de idealismo más peligrosa para un científico es la del escepticismo o el relativismo, que vuelven a manifestarse con fuerza hoy en el pensamiento postmoderno, respecto al cual, hay que afirmar categóricamente que se encuentra en la antípoda del enfoque epistemológico de Martín-Baró. Lógicamente, cuando en un sentido amplio se concede prioridad ontológica y epistémica al mundo de la subjetividad, y esto es lo que desde luego hace todo idealismo, no es difícil acabar decantándose hacia el escepticismo: si sólo existe lo subjetivo, o si no hay camino (método, en su sentido etimológico) que lleve de lo subjetivo a lo objetivo, ni siquiera el camino o método científico, la verdad es imposible. De aquí a afirmar que el investigador social no tiene por qué subordinar sus elaboraciones teóricas a ningún criterio o método de contrastación empírica hay un solo y breve paso que, por ejemplo, ha sido dado ya por algunos psicólogos autodenominados "postmodernos". Para estos autores, la anhelada objetividad del científico es sólo una ilusión, perpetuada por el empleo de ciertos recursos retóricos propios del discurso científico, como ha señalado con reiteración y un punto de verdad Kenneth Gergen, el más destacado representante de la posición postmoderna y del construccionismo social en psicología<sup>7</sup>.

Aun teniendo en cuenta que Martín-Baró no llegó nunca a reflexionar de forma explícita sobre los argumentos postmodernos, pienso que toda su obra constituye una apuesta inequívoca a favor de ese otro tipo de epistemología que, precisamente, ha sido denostada por el pensamiento postmoderno: el realismo. El énfasis al que aludíamos hace un rato con el cual Martín-Baró pedía a la psicología iberoamericana una mayor atención a su realidad social circundante, es demasiado evidente como para negar ahora su oposición a todo idealismo y, más aún, a cualquier escepticismo epistemológico. A su vez, de la lectura de su obra se deduce con facilidad que para Martín-Baró, el realismo suponía la única epistemología admisible para una ciencia social que, como ya plantearon algunos de sus padres fundadores como Marx, Durkheim o Weber, tuviera como

6. I. Martín-Baró, *Psicología de la liberación*, Trotta, Madrid, 1998, p. 314.

7. K. Gergen, *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*, Paidós, Barcelona, 1996.

objetivo primordial ayudar a incrementar la “transparencia social”<sup>8</sup>. Sin la confianza en que su esfuerzo intelectual pudiera aumentar, aunque fuera sólo un poco, la transparencia social, Martín-Baró no se habría molestado en estudiar las causas y consecuencias psicosociales de la represión política, la guerra, el fatalismo, etc. Igualmente, sin esa misma fe en las posibilidades intelectivas de la ciencia social no podríamos nosotros hoy propugnar tampoco una futura ciencia social comprometida con la libertad y la dignidad humanas. Siguiendo a Martín-Baró, podemos decir que, como de sí mismo dijo una vez Goethe, el gran poeta alemán, el científico social ha de ser esa clase de hombre que “de lo oscuro a lo claro aspiran”.

Pasemos a otro punto. La rectificación antropológica que el pensamiento de Martín-Baró nos sugiere, hace frente al segundo hábito intelectual que ha condicionado el pensamiento occidental desde la Grecia clásica hasta nuestros días y que, de entre todas las ciencias sociales, ha encontrado especial asiento en la psicología. Hablo de lo que otro gran filósofo español, Xavier Zubiri, ha denominado críticamente con el término “naturalismo”. El concepto de *physis* o naturaleza y su apelación explícita a un universo de ordenación perfecta, autorregulable y determinista, es un concepto que no sólo ha dado lugar a las ciencias biológicas, sino que también subyace a casi todos los enfoques teóricos y metateóricos de la psicología y de otras ciencias sociales.

En sus jugosas reflexiones, Martín-Baró pondría en cuestión ese naturalismo, mediante el examen de los efectos de su aplicación al estudio de diversos problemas sociales, vinculados a la vulneración de la libertad y la dignidad humanas. Se hace patente así, en algunos de sus textos, que las explicaciones naturalistas que la psicología ha propuesto respecto a fenómenos tales como la violencia o la pobreza acarrearán, sin duda, efectos paralizantes y propenden a desdramatizar estos dos verdaderos dramas, que atraviesan la historia entera de la humanidad. Entender la violencia y la pobreza como realidades naturales, es decir, como hechos respecto a los cuales el hombre y la sociedad carecen de responsabilidad alguna, como no son

responsables de la órbita de los planetas, ayuda a fomentar actitudes de resignación e indolencia ante lo que, en verdad, constituyen pecados humanos.

Contra ello, Martín-Baró no fue en especial, original, pero sí tremendamente oportuno, al recordar los viejos argumentos con los que autoridades legendarias del pensamiento social (Montesquieu, Vico, Dilthey, Ortega y Gasset) defendieron, en otros tiempos, una concepción del hombre y la sociedad, en la cual la historia ocupase un lugar central, al menos tan importante como el de la naturaleza. Algunos de los grandes errores conceptuales cometidos por la psicología, algunas de sus deficiencias explicativas más graves a la hora de acercarse a realidades sociales como las del tercer mundo, tendrían mucho que ver, según Martín-Baró, con esa miopía para la historia, que tan frecuente ha sido entre los propios psicólogos. Por tanto, “es necesario —dirá Martín-Baró al principio de uno de sus mejores textos— re-introducir la historia en la psicología social, demasiado inclinada a analizar los fenómenos con categorías formalistas y esquemas a-temporales”. Por mi parte, quiero insistir en que este a-historicismo contra el que Martín-Baró protesta (como hizo también en su día Kenneth Gergen), sigue latente o manifiesto en buena parte de la ciencia social actual. La crítica fundamental que autores como Martín-Baró o el conocido sociólogo británico Anthony Giddens plantean acerca de la propensión de ciertos enfoques científicos sociales a “naturalizar el presente” y, por tanto, a justificar el orden de desigualdades establecido en cada sociedad, es una crítica que conserva toda su actualidad<sup>9</sup>.

### Dos obstáculos a la libertad

Intentaré aproximarme al final de estas reflexiones, dedicando unas palabras al trabajo específico de contenido psicosocial, realizado por Martín-Baró. En este punto, quizá lo más apropiado fuera remitirme a los propios estudios e investigaciones que llevó a cabo sobre una multitud de temas interesantes, como los del hacinamiento en los barrios populares salvadoreños, el fatalismo del latinoamericano, la religiosidad en Iberoamérica y sus

8. E. Lamo de Espinosa E.; J. M. González García, y C. Torres Alberó, *La sociología del conocimiento y de la ciencia*, Alianza, Madrid, 1995.

9. A. Giddens, *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, University of California Press, Berkeley, 1973.

implicaciones políticas, sus trabajos sobre la opinión pública, sobre la represión y la guerra, etc<sup>10</sup>. Es evidente que no disponemos de espacio para tratar siquiera uno sólo de estos asuntos. No obstante, me gustaría concluir con una vuelta al principio de este artículo, recordando la clave ética que distingue y da significado a la psicología de la liberación de Martín-Baró. Desde el punto de vista de este enfoque, dijimos antes, todas las formas de vulneración de los derechos humanos podrían ser interpretadas en términos de privación o ausencia de alguna forma básica de libertad. Pues bien, a mi juicio, no sería descabellado afirmar que la obra entera de Martín-Baró representa un perseverante intento por destapar y precisar los factores sociopsicológicos que operaron como obstáculos a la libertad y la dignidad humanas en la sociedad salvadoreña de los años setenta y ochenta. Según un criterio de brevedad y vigencia mencionaré sólo dos de esos factores.

Un primer obstáculo a la libertad, constatado por Martín-Baró, en el caso salvadoreño, fue el del autoritarismo, entendido este, a la vez, como valor de elevada estimación social y como práctica política congruente con dicho valor social. Fue la propensión al autoritarismo de la minoría privilegiada de aquel país centroamericano la que le condujo a su guerra civil, corroborando de ese modo los pronósticos de la sociología del conflicto, a saber, que la intensidad y virulencia de los conflictos presentes en una sociedad tienden a aumentar a medida que se recortan o anulan los recursos no violentos disponibles para gestionar dicho conflicto<sup>11</sup>. No es extraño, entonces, que en los textos de Martín-Baró el poder político sea con frecuencia definido por relación estrecha a la capacidad coercitiva del Estado y de los poderes fácticos. ¿Será necesario que recordemos aquí y ahora que la violencia sigue funcionando en el presente como uno de los pilares fundamentales sobre los que se sostienen muchos

regímenes políticos? ¿Sería absurdo afirmar, hoy por hoy, como hacía Martín-Baró, que en muchos casos los discursos y argumentos políticos no son sino mera ideología para encubrir el último fundamento coercitivo del poder? Por otra parte, ¿hay que deducir que esa descripción del “poder como dominación”, predominante en la obra de Martín-Baró, implica necesariamente que nuestro autor renegara de la posibilidad de conceder un fundamento ético al poder político? Sus reconocidos esfuerzos por promover y promocionar una auténtica democracia en El Salvador y en toda Iberoamérica niegan taxativamente la plausibilidad de la suposición anterior. Martín-Baró ha sido, de hecho, uno de los pocos psicólogos sociales que se han atrevido incluso a reflexionar sobre las posibilidades que su propia disciplina académica pudiera ofrecer al apoyo y el fortalecimiento de los sistemas democráticos. Hago referencia, por supuesto, a su importante artículo titulado “La desideologización como aporte de la psicología social a la democracia en América Latina”<sup>12</sup>.

---

La crítica fundamental que autores como Martín-Baró o el conocido sociólogo británico Anthony Giddens plantean acerca de la propensión de ciertos enfoques científicos sociales a “naturalizar el presente” y, por tanto, a justificar el orden de desigualdades establecido en cada sociedad, es una crítica que conserva toda su actualidad.

---

Este título nos remite también al segundo obstáculo fundamental para la libertad a cuyo estudio dedicó Martín-Baró la mayor parte de su obra. Quedando asumido que la democracia real constituye siempre un grandísimo avance hacia la libertad, hacia un desarrollo económico más igualitario y hacia un superior respeto de los derechos humanos, es necesario no olvidar que al despotismo de los tiranos y los poderes fácticos puede sucederle siempre el despotismo de las mayorías, capaces de anular también las libertades de las minorías y de los individuos. Tanto las decisiones políticas adoptadas por un régimen autoritario como por un sistema democrático toman como base un acervo de creencias y convenciones culturales, sociales e históricas, probablemente compartidas por la mayoría de los ciudadanos. Pero puede pasar, como de hecho ha sucedido, en ocasiones diversas, que tales convenciones sirvan pri-

10. Véase, L. De la Corte, *Memoria de un compromiso. La psicología social de Ignacio Martín-Baró*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001.

11. R. Dahrendorf, *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid, 1970.

12. En I. Martín-Baró, *op. cit.*

mero para legitimar el orden social y político establecido y justifiquen después la vulneración de libertades y derechos. Cuando ocurre tal cosa, podemos hablar, siguiendo a Martín-Baró, de “ideología”, noción clásica, recuperada por él en su versión marxiana. Los ejemplos que su propia obra ofrece al respecto son variados y tan válidos para su tiempo como para el nuestro. El peligro de la ideología acecha, según Martín-Baró, tras las convicciones religiosas y morales de las personas y los pueblos. La ideologización, es decir, la justificación de situaciones y comportamientos degradantes para la especie humana es el objetivo de muchas formas de discurso construidas o alentadas por los poderes políticos, mediáticos, económicos, espirituales, etc. El machismo es una peligrosa ideología que oprime a la mujer y el fatalismo una ideología que ayuda a perpetuar la pobreza y la sumisión política. Y también aprendemos leyendo a nuestro autor que siempre hay un “fondo ideológico”, que busca apoyar la violencia de unos (el Estado, la etnia o nación, la comunidad religiosa, la banda terrorista) y condenar al mismo tiempo la de algún oponente.

Ante el peligro de la ideología, Martín-Baró exige al científico social que ejerza una función crítica de desideologización, de atención y análisis riguroso sobre el conocimiento de sentido común y respecto a los discursos que orientan el comportamiento de las personas y que sostienen a las instituciones sociales; análisis que siempre debe estar alerta a las consecuencias de ese pensamiento colectivo sobre las libertades humanas. Dicho de otro modo, el científico social debe asumir que el respeto a la diversidad de creencias y opiniones debe encontrar sus límites allí donde su sostenimiento permita la aparición del Mal, es decir, de alguna forma de sufrimiento humano o de injusticia social.

\*\*\*\*\*

He procurado esbozar algunos de los resultados que para mí ha tenido la lectura prolongada de la obra de Martín-Baró. Sus textos, llenos de la historia reciente de Iberoamérica, de la mejor psicología social, se hallan también repletos de advertencias y pistas para nuestro trabajo futuro.

